

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Tomo XVI

Mayo-Agosto 1961

NÚMERO 2

LA POESIA DE HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO EN NUEVAS VISPERAS *

Hablar del doctor Hernando Domínguez Camargo, hablar del poeta ignaciano de *San Ignacio de Loyola* y hablar de él precisamente en Santa Fe de Bogotá, en esta su ciudad natal, no es empresa fácil para un crítico, para un poeta español. Ni siquiera aun cuando se sienta atraído, saltando por encima de tres siglos, hacia un maestro y antecesor en la ilusión del oficio, y no sólo hacia el artista, hacia el poeta, sino hacia el hombre también, hacia el probable paisano de tierra chica y de abolengo cántabro. Pienso en efecto, y vosotros investigadores colombianos me lo aclararéis, que el apellido Camargo que hacia 1600 sólo podía datar de dos o tres generaciones a lo sumo, señala su linaje santanderino. La espléndida edición que acaba de publicar el Instituto Caro y Cuervo ¹ aclara este punto y otros muchos de la vida y linaje del poeta. El meritísimo investigador Guillermo Hernández de Alba prueba documentalmente que el abuelo materno del poeta era extremeño, de Llerena, así como su

* Trabajo leído por su autor en el Instituto Caro y Cuervo el 22 de agosto de 1960, como se informó en *Thesaurus*, XV, 388.

¹ HERNANDO DOMÍNGUEZ CAMARGO, *Obras*, Edición a cargo de Rafael Torres Quintero, con estudios de Alfonso Méndez Plancarte, Joaquín Antonio Peñalosa y Guillermo Hernández de Alba, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1960.

propio padre, de Medina de las Torres. Pero el apellido Camargo llegaría a Extremadura con la Reconquista o la repoblación de Cantabria. El valle de Camargo, al que casi en rigor pertenece la propia ciudad de Santander apiñada como "pertinaz verruga" del "risco" de su extrema península, el mismo valle ilustre por otros hijos heroicos como don Pedro Velarde, el del 2 de mayo, debió de ser el origen de esta familia de Camargos, apellido hidalgo que andando el tiempo había de ascender al más encumbrado sitio cívico de una patria, ya entonces prefigurada y querida y ahora magnificada.

Pero habéis sido vosotros, poetas y humanistas bogotanos, los que solicitasteis estas palabras mías, honrándome con vuestra invitación, que sin duda se explica en cierto modo por haber tenido yo la suerte de ser el adelantado en señalar la calidad excelsa de un poeta hasta entonces ignorado o mal tratado, en todo caso, incomprendido. Quiero empezar recordando autobiográficamente aquel 'descubrimiento' (que para mí lo era, como lo fueran igualmente, poco antes o después, los de otros extraordinarios poetas, Pedro de Medina Medinilla, don Gabriel Bocángel, don Pedro Soto de Rojas). Ocurrían estas aventuras pacíficas de mis exploraciones lectoras en horas generalmente veraniegas, por los primeros años juveniles de mi profesión catedrática y con especial intensidad y fruto entre 1924 y 1926, en la sala de lectura de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Miguel Artigas, inolvidable amigo y guía biblionauta a quien tanto debe mi flaca erudición, me dejaba curiosear directamente en los estantes de los libros viejos de don Marcelino y más de una vez me señalaba el posible interés — conociendo bien mis gustos — de este o el otro de los ingenios de cualquiera de los siglos de la poesía española, pero singularmente del siglo barroco. Con frecuencia era yo mismo el que me dejaba arrastrar por mi instinto, y, detrás de la eufonía o de la rareza de un nombre de poeta o título de libro, pedía el volumen y me disponía a curiosearlo y leerlo, no sin antes examinar cui-

dadoso si no atesoraba en márgenes, índices o papel intercalado alguna anotación preciosa del Maestro.

Así una de aquellas mañanas, con probabilidad lluviosa, porque en las soleadas, “espejo de zafiro fue luciente — la playa azul de la persona mía”, me enfrasqué en el deleitoso piélago del *San Ignacio*, no menos espejeante y reverberante que mi Cantábrico y, según costumbre, fatigué luego a cualquiera de los amigos que allí trabajaban con mejor método que yo, dándoles parte de mis descubrimientos poéticos, copiados con mi menuda y revesada letra para poder saborearlos en casa a mis anchas.

De la cosecha o pesca de aquel día y de muchos otros fue saliendo una antología para mi uso personal, todavía hoy inédita y sólo en parte aprovechada para uno de los libros de la serie de homenaje a Góngora, en el cual la consideración del fenómeno poético Domínguez Camargo y el breve muestrario de algunos de sus tesoros era paso inexcusable. Poco antes — abril de 1927, año del centenario de don Luis, y mi librito salió en agosto — aparecía en la revista *Verso y Prosa*, de Murcia, número 4, un breve artículo mío que abultaba algo más porque lo esencial de él era presentar unas estrofas suculentas de Camargo. Por creerlo poco conocido lo voy a leer, prescindiendo de momento de los textos poéticos que luego comentaremos.

NUEVAS INDIAS DE GULA RECONQUISTADAS

El más guloso o goloso de nuestros poetas es — que yo sepa — el doctor don Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá, del Nuevo Reino de Granada en las Indias Occidentales. El mismo nos confiesa en su *Poema heroico San Ignacio de Loyola*, hablando de sus poéticos banquetes que “Al paladar su copia nunca vista / nuevas Indias de gula le conquista”. Al reconquistar yo esas indianas jaujas de poesía golosa, en el nombre glorioso y actual de don Luis de Góngora, quiero presentar aquí a los finos y exquisitos paladares que degustan este boletín, uno solo de sus menús. [Perdón, todavía entonces no se le había dichosamente implantado por consejo académico la castiza *minuta*: esto es paréntesis de 1960]. En el poema de San Ignacio hay tres banquetes, que

podríamos distinguir, el 'urbano', el 'marítimo' y el 'rústico'. Nace el Santo y su bautismo se celebra con un pantagruélico festín — caza y pesca, salazones y conservas, entremeses y lacticinios, licores y frutas — servido en damascados lienzos y en frágiles vajillas. Podrá gustarse ese sobrio menú en el *Homenaje a Góngora desde Lope a Rubén* que aparecerá en breve, recogido por mí.

Ya Ignacio adulto, viaja a Italia y tiene que ser albergado por un pobre pescador. El recuerdo de la *Soledad* gongorina es incuestionable y deliberado.

Los presentes que el pescador le ofrece son los que su oficio le proporciona:

Arnés de la tortuga, una volada
concha le expuso cuando ya marisco,
o de las aguas fue espuma animada,
o pertinaz verruga de algún risco
(III, LXIV).

o bien:

Nudo de nácar, cuando no cerrado
botón de hueso, desató nocivo
el ostión, cuyo seno regalado
breve de Venus fue lecho lascivo;
sinüoso capullo, el enterrado
en la que pira es muerto, y casa vivo,
caracol descogió, en cuyos internos
laberintos, son hilos sus dos cuernos.
(III, LXV).

Es después

de la tarda tortuga el pollo nuevo,
que en las de insidias y de nudos llenas
orillas se enredó; y en concha breve,
tierna lisonja el apetito bebe.
(III, LXVI).

Y después de otros varios mariscos y peces "dando en el camarón y la sardina / lilio veloz, nadante clavellina", como plato fuerte, las belicosas langostas. Y transcribo la soberbia estrofa:

Coronadas morrión, vistiendo escudos,
dorando mallas, argentando golas,
dardos vibrando duramente crudos,
esgrimiendo cuchillas en las colas,
las murallas violando de los nudos,
Belona de la espuma y de las olas,
langostas, en la mesa dan, marinas,
al paladar suavísimas rüinas.
(III, LXVII).

Más tarde San Ignacio marcha perseguido de Salamanca a París (Libro IV, Canto III). Reproduzco íntegra la escena hasta la terminación del rústico convite:

Era del año la estación algente
en que, travieso el pie, rígido el pelo,
adunco el cuerno, si lascivo el diente,
en la vid del Zodíaco, que el cielo
en mucho ciñe pámpano luciente
astros el Capro pace, cuando el hielo
que el pie le muerde a Ignacio peregrino,
el carácter le niega del camino.

Cuando en potro del Abrego torcía,
verdugo inexorable el duro invierno,
las cuerdas que comprime, el corto día
que gime amargo, que se queja tierno;
cuando del Austro desatado fía,
en las *preñadas* nubes, el *gobierno*
de imperios de procelas conjurados
y de pueblos de rayos rebelados.

Hollaba Ignacio acicalada nieve
que su planta hería, cuando el cielo,
lo que de día en su cabeza llueve,
de noche escarcha de obstinado hielo:
tardo en tullidos ríos el pie mueve;
montes de nieve escala, a quien el vuelo
(si coronar quisiese su alta cumbre)
con prolija venciera pesadumbre.

Del tormentoso Abrego sañudo
que dentado de hielo lo mordía,
huyendo Ignacio, se conduce al rudo
albergue que en un valle se escondía,
cuyo humo, espaciosamente mudo,
desatado en el turbio helado día,
del peregrino fue conductor faro,
aun a pesar de sus tinieblas claro.

No tan airoso nace, tan ameno,
el voluble juguete de la pluma
(a quien este mi patrio Magdaleno
oro a la cuna, al nido le da espuma),
del de la parda garza blando seno
en una y otra inquieta negra suma,
cuando, o lo juega el blando movimiento,
o lo retoza lisonjero el viento.

Fatigado llegó; y el vigilante
 can, copioso de lanas, dulcemente
 rémora al peregrino fue latrante,
 audaz las voces, recatado el diente.
 Anciano labrador, al caminante,
 que a su albergue perdone no consiente,
 sin que su mesa y el hogar templado
 a París le remitan obligado.

Coronan el hogar, que lisonjero
 cadahalso es de fuego, en quien la llama,
 si acicalado no, cuchillo es fiero
 de la de olivo hidalga gruesa rama:
 cuyo filo, ya blando, ya severo,
 tanta caliente sangre les derrama,
 cuantos desata en ascuas encendidas
 livores rojos y purpúreas vidas.

Con sordas dilaciones lo divierte,
 mientras su hija, Parca ya secreta
 (si tan bello disfraz vistió la muerte),
 en un cuchillo vibra una saeta
 a un cabritillo que, en sus manos, vierte
 de espumoso rubí mucho cometa
 en poca sangre, que perdió con ella
 en labio y labio de su boca bella.

Lúbrico menos se caló el serpiente
 del ruiseñor en el secreto nido
 e implumes prendas degolló inclemente,
 que ella a las prendas que abrigó Cupido
 de columbinos pollos, en la frente
 del olmo entre las chozas escondido:
 que de esta Venus, en felices días,
 vincularse querían raudas pías.

De el jabalí que, en el vecino cerro,
 de su venablo trágica ruina
 y peste fue fatal del suelto perro,
 en purpurados hilos la cecina
 al fuego gira sobre agudo hierro,
 al pichón y al cabrito convecina,
 que, lamidos del fuego, ya dorados,
 embarazan los fresnos mal cavados.

El can mordaz de huerto floreciente,
 el ajo, que la carne mordió activo,
 el uno quebró en ella y otro diente,
 rabioso al paladar, mas no nocivo;

la leche, que en su mano transparente,
dulcemente alabastro fugitivo,
por imitarla suavemente dura,
fluída densó al fuego su blancura.

Cándido lino, y por su mano bella
ya oprimido en la tela, ya lavado,
agrestes pinos en la mesa sella:
donde el virgíneo descogió cuidado,
si de cardada nieve no una pella,
crespo volumen sí de hielo hilado;
tendiolo, y menos cándido en la espuma
el blanco cisne desplegó su pluma.

Sirvió, modesta, rústica comida,
en la que ya tejió prolija tela,
con pudor más purpúreo que escondida
la virgen rosa, del carmín que cela
la pompa de sus hojas encogida,
al botón las pestañas le cairela,
antes que el alba el párpado descoja
y una pupila y otra le abra roja.

De cisnes de cristal ceñido el pecho
y su pelo en aljófár anegado,
no lejos mucho del pajizo techo,
potro de vidrio corre desatado
un arroyuelo, que en fragoso trecho
espumas labra en cuantas le han atado
guijas la boca; y cuanta gota suda,
a la mesa propina en copa ruda.

En su cárcel cerrada el avellana,
sordo ya cascabel, rodó en la mesa;
arrugada la nuez, antes que cana,
en laberinto dio su carne presa;
el atezado higo a quien lozana
su Etiopía ya fue la higuera gruesa,
corrugado el mantel tiznaba bello,
formando de las pasas su cabello.

El pesado melón, a quien enjuga
sangre de néctar ya, paja dorada;
la pasa complicada en mucha ruga,
cadáver de la uva preservada;
y abierta la real dulce pechuga,
pelicano de frutas, la granada,
que de mudas abejas carmesíes
colmena fue süave de rubíes:

éstas, y muchas más (cuyo suave jugo el bálsamo ha sido, que incorruta efímera la carne eximir sabe a un siglo y otro, de la dulce fruta), la bucólica mesa oprimen grave con lo mucho que en ella se tributa al peregrino, que agradece, humilde, de su cariño aun la pequeña tilde.

(IV, civ-cxx).

Nota bio-bibliográfica: El libro está editado por el maestro don Antonio Navarro Navarrete — Domínguez Camargo había muerto en 1656 ², sin salir de sus Indias — en 1666, e impreso en Madrid. He aquí el juicio de Menéndez y Pelayo (*Historia de la poesía hispano-americana*, capítulo de Colombia): “Su *Poema heroico de San Ignacio de Loyola* es, sin duda, uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones”. En vista de eso, gritemos otra vez: “¡Viva la decadencia! ¡Vivan Góngora y sus Indias!”.

Así, con este grito de ocasión concluye mi nota, grito por cierto que alude con lo de “otra vez” al que emití no mucho antes al final de mi ensayo en la *Revista de Occidente*, *El virtuoso divo Orfeo*, en que descubría y revaloraba el poema de Jáuregui. Resumía entonces: “Y ahora, queridos contemporáneos, si esto es la decadencia, gritad conmigo: ¡adelante la decadencia!”.

Y ya que el azar o la fatalidad forzosa de hechos y recuerdos me ha traído a estos gritos que hoy parecen tan extemporáneos, sigamos en ello y agarremos al toro por los cuernos. Así, cuando menos, aclararemos posiciones y tendremos una excelente plataforma para lanzarnos a la evocación de nuestro poeta santafereño. Y el toro con sus bien afilados cuernos va a ser éste justamente de la decadencia y de la deshumanización y del esteticismo y de otras cantaletas que nos tienen atronados los oídos, y más ahora que entonces. ¡Treinta y tres años, Dios mío! se dice pronto (y se pasan más pronto). Y los jóvenes deshumanizantes o deshumanizados o deshumanos — conste que esto no lo decíamos

² Fecha hoy rectificada: 1659.

nosotros, nos lo decían ajenos, los gongoristas, pero no exclusivistas, constó entonces y conste ahora — de 1926 y 27, son los los entrantes en la vejez, de 1960 y 61, si Dios quiere. 1961, nuevo centenario de Góngora, ahora del nacimiento. ¿Lo celebrarán ahora nuestros jóvenes nuevos? Ni soñarlo. Hemos tocado en el punto antípoda de la órbita. ¿Cómo pensar en que surjan entre nuestros muchachos poetas un nuevo Dámaso, un nuevo Alberti, un nuevo Guillén, un nuevo Lorca, un nuevo Gerardo cantando la hermosa libertad de la poesía, la poesía por la poesía y no la poesía por y para esto o lo otro y lo de más acá? El caso es que mis amigos de ayer, no parecen hoy muy animados al festejo. Creen que entonces hizo falta y se hizo y ya está de una vez para siempre. Pero ¿y si volviera a hacer falta? ¿Y si por otros motivos hubiera que defender ahora a don Luis y a sus “luisiadas”, tachados hoy, no de vacíos y tenebrosos, sino de egoístas, frígidos y antihumanos, no menos que los poetas españoles de 1927, estetizantes, turriebúrneos y nerodetarpeyanos? El mundo iba a arder, ardía, y nosotros de nada nos dolíamos. Yo creo que algo va a ser preciso hacer. Por lo menos aclarar bien muchos equívocos. El vulgo innúmero seguirá equivocándose, pero al menos nuestra, mía, no será la culpa porque la advertencia quedará hecha y la trampa desenmascarada.

Qué pena que falten algunos de los mejores. Un Pedro Salinas. O un Alfonso Reyes. Entre mis papeles guardo, regalados por ellos ante mi reclamación, sus originales respectivos para la edición de los sonetos y de las letrillas de don Luis, que debió hacer la *Revista de Occidente* y que por excesivos escrúpulos no llegó a ver la luz. A Alfonso tuve el gusto de abrazarlo en su casa de Méjico en noviembre del 58. Al menos guardo esta última estampa del gran amigo, del admirado gongorista y tantas otras cosas. Hablamos del centenario. Se mostró sorprendido de la falta de entusiasmo de algunos camaradas de 1927. “Pero qué sinrazón. ¿Es que no se puede ser a la vez entusiasta de Góngora y de Lope? ¿De Mallarmé y de Unamuno?”. Estas fueron

sus discretas palabras y se mostró presto a acompañarme “si vivo todavía al llegar 1961”.

Volvamos, pues, a Jáuregui, a su asombroso *Discurso poético*. No lo olvidemos, está escrito contra Góngora y más aún contra los gongoristas. He aquí dos sentencias que son en rigor una sola: “El último material en la ejecución de labores poéticas deben ser las palabras. — El primero y mayor aliento de los poetas debe emplearse en las cosas”. Yo dije entonces comentando a don Juan, el del *Orfeo*, el *Discurso* y la *Farsalia*, que tenía razón, contra Lope y contra Góngora. Hoy sigo pensando lo mismo. Evidente: el mayor aliento de los poetas debe emplearse en las cosas y el último material en la ejecución de labores poéticas deben ser las palabras. ¿Lo pensaba así Domínguez Camargo? ¿O más bien se dejó llevar tras don Luis, por el sortilegio de las palabras, por la belleza y fulgor que del mundo fulgurante y hermoso transparentan?

Estamos en 1960, en pleno tercer centenario de don Diego de Silva Velázquez. ¿Es Velázquez un pintor humano, deshumano? ¿Pinta los seres, las ideas, las cosas? ¿O pinta, primer material, la pintura misma, los colores, las palabras del oficio? Ortega, estudiando los modos del arte de 1920, habló, diagnosticó, de la deshumanización del arte. Tomaba como punto de partida la aversión de los artistas de entonces a figurar el cuerpo humano o a respetarlo en su forma aparente sin despedazarlo o afearlo. Pero lo humano en la obra de arte no es la apariencia o aparición de la forma del hombre sino la presencia, la palpación de su espíritu, la cual puede manifestarse tanto o más que en el retrato parecido, que puede ser mortuorio y repulsivo, en la figuración de cualquier aspecto o reino de la naturaleza, o en la creación humanísima, traspasada de emoción personal y reverente, de otra naturaleza inventada, soñada y de apariencia sorprendente y aun abstracta. Si Velázquez fuese pintor humano por pintar egregios retratos de hombres (y — no lo olvidemos — de homúnculos u hombrecillos contrahechos de placer cruel), también fue pintor maravilloso de canes y lo mismo

podría hablarse a su propósito de la perrunización del arte. O de la cacerolización del arte con motivo de sus peroles y morteros.

Y, sin embargo, confesemos que cuando un gran pintor pinta un asunto humano o celeste, a igualdad de valores técnicos y calidades de oficio, lo estimamos más alto y es un hecho que nos emociona más hondamente que cuando pinta bodegones, por muy franciscanos y traspasados de amor humano que éstos sean. Tomemos un verso — maravilloso — de Domínguez Camargo. Está hablando de los manjares en uno de sus banquetes. Y al referirse a “la leche, que en su mano transparente”, “por imitarla suavemente dura, / fluída densó al fuego su blancura”, la llama “dulcemente alabastro fugitivo”. La leche, pues, (y con un posible equívoco que acentúa aún más el voluntario desdibujo o descolorido de la imagen al presentarla en contraste con la mano en movimiento, en movimiento pero no propiamente fugitivo porque no huye sino que va y vuelve al ir amasando la pella de manteca, pero de todos modos dejando abierto el resquicio para la interpretación en eco del alabastro de la mano), la leche, decimos, queda definida poéticamente, creada o recreada en el bellísimo endecasílabo de tres palabras fundidas con violenta sintaxis latina según el procedimiento de Góngora, “dulcemente alabastro fugitivo”.

¿Es éste un verso deshumanizado? La mayor parte de los defensores de una poesía documental de la baja realidad dirán desde luego que sí, que es un puro juego de palabras, un verso estetizante y vacío en que el poeta vuelve la espalda a la vida como es y se encierra en su egoísta torre de marfil, insensible a lo comunal humano. Dejemos a un lado la cuestión de época. Hoy, claro está, nadie escribe así. Llamar gongorinos a los poetas del siglo xx, queriendo achacarles la misma poética y la misma retórica valederas en el xvii no tiene sentido. Tratemos en cambio de disfrutar ese verso a la vez como hombres de entonces y como hombres de hoy, que es la plena manera de sentir y de juzgar el arte histórico, no actual. El que a la leche, un líquido, se la llame

alabastro, un sólido, y al alabastro se le haga fugitivo y el que a toda esa violenta paradoja se la preceda con el adverbio *suavemente* que sólo puede convenir a los cuerpos sólidos, da como resultado una creación de inseparable unidad en que los tres términos se funden en una única sobre-realidad, en una poetización o realce de la realidad *leche*, la cual por el hecho de haber sido sometida a todas esas manipulaciones verbales, no menos delicadas y complejas que las del fuego y la mano de la muchacha para su conversión en mantequilla, queda desvirtualizada en su primigenia calidad de leche de la naturaleza, y en su refleja directa de la palabra sencilla, y pierde por lo tanto su emoción realista, su concordancia con la verdad de la cosa que por la palabra se expresa. ¿No quedará, pues, nada humano digno de la plenitud del hombre al escamotear de tal modo las cualidades reales de la leche? ¿Será éste un ejemplo vitando, condenable, de una poética, ahora y siempre vacío de alma?

Yo de mí sé decir que el verso de Camargo me parece sencillamente prodigioso y agotados los efectos de la sorpresa, sabiéndolo y esperándolo en su sitio, cada vez que releo la estrofa me sigue conmoviendo. A ello contribuye eficazmente su musicalidad, su ritmo, sus modulaciones fonéticas que van pasando por todos los colores del espectro vocálico y por varios del consonántico, pero, aun haciendo caso omiso de tales halagos, la simple recreación por mí — a la que me invita el poeta — de la metamorfosis de la leche al lado de la mano, lo traslúcido junto a lo transparente — transparente, claro está, a la mirada poética, enamorada — me toca suavemente, fugitivamente, dulcemente en mi sensibilidad interna, en algo muy secreto de lo más hondo de mi ser. Sigo a la vez viendo a la leche de la realidad, y superpuesta a ella, mejor dicho, hecha una con ella, al alabastro — imposible, pero lo estoy viendo con los ojos de la poesía —, alabastro fugitivo, que en cuanto a alabastro que se esperaría duro, va a acariciar mi tacto con su dulzura, es decir, con su suavidad (el “suavemente” viene

luego, en el verso siguiente). Y de toda esa suma — que da una simple unidad — de términos de naturaleza y de belleza irreal me queda en la vista, en el tacto y hasta en el sabor y el olor, la entidad de una sustancia que superando contradicciones es leche y no lo es, a fuerza de ser un ahondamiento en el ser más íntimo e intenso del líquido sabroso, con su calor y su emoción maternal, infantil. Todo eso obra para mí el verso insigne. Y como todo eso, toda esa conmoción vibrante de tantas diferencias de ondas, pero todas objetivamente, lógicamente derivadas de la trinidad sucesiva de palabras y de la endecasilabidad de su música, se opera en mí, es seguro que se operará lo mismo en otras sensibilidades, en otras almas humanas, y sólo por ser honda, totalmente humanas, a poco que comulguen en mis aficiones e ilusiones y necesidades de exaltación poética.

Yo no puedo vivir sin poesía, poesía de palabras o de colores o de sonidos, o poesía muda, pensada o soñada de creaciones mentales y de pálpitos amorosos o sorprendidos ante las maravillas de la vida. Yo no puedo vivir sin ella. Pero es que nadie puede vivir tampoco sin poesía. Esa ansia de lo mejor, esa sed de lágrimas pidiendo un dolor, que es a la vez un consuelo porque se sabe que es y no es verdad, que es verdad con la verdad mentirosa del arte, que es la más honda verdad, eso que es la poesía es más necesario que el aire que respira para cualquier mortal, incluso el más endurecido e incrédulo. Nada más necesario que la poesía y su ensueño. Y el que sólo acierta a vivirla en su manifestación más amalgamada y menos neta, más gruesa y, en el peor y falso sentido de la palabra, más realista, al menos la vive y la soporta, la puede asimilar, gracias a toda la ganga que se la hace verosímil y digestible, a todo su excipiente azucarado o amargo según la depravación de cada gusto. Mi vecino goza la poesía del sonido oyendo a chorro brutal la plebeyez de músicas y cantos horribles, demoníacamente envilecidos por la ronca radio aberrante y berreante. Para él es la única posibilidad de gozar la poesía de la música, mientras yo a mi hora me reinvento al

piano, como si se me ocurriera a mí, una sonata de Mozart. Y a otra de mis horas leo con lágrimas en los ojos versos de Lope o de Emilio Prados, dejando a mi prójimo, tal vez poeta él también, que se emocione ante una representación de un melodrama negro y lacrimoso o ante la lectura de un poema como éste que veo sin que consiga ponerme en trance de poesía en el último número de una revista:

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Tampoco es tan difícil como dicen.
 En los grandes almacenes hay muchachas
 en quienes el trabajo y las horas de fatiga
 despiertan una turbia desazón,
 — a veces casi indiferencia —
 y apenas se resisten.

Y también ciertas mujeres, al cabo de los años
 de olvidadizo y honesto matrimonio
 recuerdan la posibilidad de un amor más fuerte,
 más atrevido y,
 por supuesto,
 estrictamente confidencial.

El lugar es siempre el mismo:
 el coche en carreteras apartadas,
 el hotel de la playa si es invierno,
 o algún secreto refugio en la ciudad
 que la gente correcta llama estudio.
 ¡Ay!, el amor
 no supone transformaciones graves.
 Pero en cambio resuelve
 pequeños problemas de orden práctico:
 crepúsculos, excesivamente trascendentes
 y más aún si los deseos más sensibles... etc.

porque me canso de transcribir. Pues bien, si hay que abominar de los alabastros en nombre de estas educaciones sentimentales, declaro que yo me quedo con aquéllos y que mi educación y mis sentimentalismos van por otros caminos.

Hemos tomado un verso, un solo verso de Domínguez Camargo como reactivo para intentar definir una poética y

una sensibilidad y para apurar contrastes de siglos y de calidades humanas. Sin embargo, me parece que la conclusión no está clara. Ese verso y otros muchos del poeta colombiano, a veces poéticamente superiores, no me parecen el sumo ideal, el paradigma de la más alta y la más intensa poesía. Sólo excepcionalmente lo es la de Góngora, y más excepcionalmente por no ser ya creada de primera mano sino refleja de discipulazgo, aunque finísimo y, a su modo, original, la de nuestro poeta. En 1926 y 1927 yo sentía, lleno de admiración y de entusiasmo y de ardor vindicativo, la poesía excelsa de Góngora, pero me llegaba más adentro, me emocionaba de otro modo más imperioso y doblegante la de otros poetas. Por ejemplo, por estar tan próxima, la de Lope. Por eso, al ingresar en la Academia yo elegí a mi Lope como tema de mi discurso y mi fidelidad al poeta de Carriedo no ha conocido eclipse. En Lope, según la sentencia de Jáuregui, su enemigo, el primero y mayor aliento se emplea en las cosas y luego viene el obrar la labor de las palabras, aunque para el lector sean éstas las que conduzcan a aquéllas. Gracias a Góngora en gran parte, supo Lope alcanzar las más sutiles calidades, tan bellas como las de Góngora, tan extremadas y de una finura a mi juicio aún más increíblemente inventada y, no obstante, conservar siempre la emoción natural, fresca, émula de la cosa evocada, de la belleza real que sirvió de punto de partida al milagro poético. Mientras que esta emoción viva y directa, en don Luis como en don Hernando, se da atenuada, secundaria, casi abolida por el fulgor de las palabras y de sus encajes de labores preciosas.

Para comprobar mejor lo que acabo de exponer, voy a comparar dos estrofas completas, dos octavas reales, mejor dicho, un solo verso de cada una, pero para cuya comprensión es preciso incluirlos en la cláusula total respectiva. Conviene que el tema sea el mismo, describir la belleza de un adolescente. En el caso de Camargo, Ignacio de Loyola. En el de Lope, Orfeo, y es una estrofa extraída del *Orfeo en lengua castellana*, publicado bajo el nombre de Montalbán, pero que

entonces y ahora se supo y se sabe que es incuestionablemente de mano de Lope. Bastaría la estrofa que elijo, cuyo último verso sólo Lope pudo inventar. Veamos primero la del bogotano.

Pella es su rostro de nevada roca,
despedazada entre claveles rojos;
un lucero de púrpura en su boca,
si un pardo sol se dividió en sus ojos:
cuantos, rosada imán, aquella avoca,
opulentos de aquestos son despojos;
en sus cejas un arco de Cupido,
y en sus niñas se ha Venus repetido.

(I, LXXXI).

Ahora, Orfeo :

Eran los ojos de zafir celeste
objeto de la vista, que indecisa
le da color azul, que manifieste
la gloria que por ellos se divisa.
Quiso Naturaleza que le preste
perlas al mar del Sur, al alba risa,
rubíes a Ceilán, la boca hermosa,
marfil hablando y en silencio rosa.

“Marfil hablando y en silencio rosa” es la poética imagen de la boca de Orfeo. La de Ignacio en el verso de Camargo, “un lucero de púrpura en su boca”, con la elipsis anticipada del verbo, el “se dividió” del verso siguiente. Esto le hace perder como unidad aislable, pero, mentalmente y sabiéndolo, podemos agregarlo a su materia poética. La figura poética de Camargo es más bien una metáfora, sabe a lenguaje traslaticio, aunque no deja de ser muy eficaz la osadía de hacer brillar un lucero partido en los dos labios de Iñigo y además un lucero de púrpura. En cualquier caso son el lucero y la púrpura los que predominan en la realidad poética para el lector sobre su doble “la boca” que queda atrás en segundo plano y no sólo por decirse después al final del verso, pues que eso no tiene nada que ver con la importancia relativa

y con el centro de gravedad que puede caer sobre lo real o sobre su metáfora.

En cambio en el divino verso de Lope, un verso de una estela infinita de emoción humanísima, no hay verdadera metáfora sino imagen. Todo está en sentido directo. El marfil es marfil, materia rica y preciosa, objeto ya de arte, tanto como dentadura; la rosa es rosa tanto como labios. El centro de gravedad está en el fiel de la balanza, pero, además, y es lo que le da su singularísima, su tan lopesca emoción viva y virginal, lo uno es la boca "hablando", en gerundio sencillísimo y durativo, y lo otro es la boca "en silencio", ablativo casto y misterioso. Y ambos complementos esenciales también en equilibrio simétrico en los lugares internos y tónicos del endecasílabo sáfico, que lleva sus otros dos acentos también simétricos en las sílabas también internas de los dos sustantivos, *marfil, rosa*. "Marfil hablando y en silencio rosa". No se puede llegar a más en la maravilla poética. Porque el octavo verso de la estrofa de Lope viene a cerrar una suave serie de siete versos de exquisita gracia que por el puente ya de plata del sétimo va a colmarse de plenitud de emoción y de encanto en ese octavo que obra el milagro de unir en una sola voz la primavera de Garcilaso y el otoño de Góngora en el cenital estío del sumo Lope. Imagen, doncellez de las palabras y de las materias — humanas, florales, animales — evocadas. Y poder mágico de invención y de sorpresa renovando el tópico con la vivencia "vista" del paso de la charla al silencio.

Centremos ahora más nuestra consideración en Domínguez Camargo y tratemos de valorar su poesía y de recordar algunos de sus momentos de más encendido lucir. Para mí la poesía de Camargo se enardece y se alquitara en su poema heroico. El gran Camargo es el ignaciano. Y esto no supone el desprecio para el resto — parvo en cantidad — de su obra conocida. Pero sus romances no ofrecen tanta sostenida tensión lingüística y poética, no pueden desplegar tan esforzado aliento de género heroico como su poema inconcluso.

Sus octavas de Cartagena son sabrosas y de delicada fábrica y nos interesan además por su colombianismo colorido. Así como el soneto burlesco de Guatavita, buena muestra del otro gongorismo, el del soneto por ejemplo *A Galicia*, que empieza "Pálido sol del cielo encapotado". En este puñado de obrillas menores, la más atrevida es el romance *A la Pasión de Cristo*, que puede competir en expresivismo sangriento con las más atormentadas tallas de los imagineros coetáneos. Este romance lo hizo a imitación de otro del Padre Maestro Paravicino, pero la personalidad del doctor Domínguez Camargo aparece bien neta.

También es muy curiosa la *Invectiva apologética*. Conocemos así la prosa, bien de su tiempo, de nuestro poeta. Pertenece esta invectiva al orden de las sátiras, vejámenes y críticas literarias, tan frecuentes en todo tiempo y más en el suyo. Suelen adolecer tales escritos de una miopía causada de la mala voluntad y del no querer ver sistemáticamente más que los defectos de la víctima. No es excepción la de Camargo. La mayor parte de sus reparos son de género gramatical o a lo sumo retórico y, no podía ser menos, dado el estado de los estudios de poética en las escuelas. Quizá lo más interesante para nosotros sea en primer lugar el conocer a un Camargo humorista y a veces con harto desparpajo, como cuando le dice en la Dedicatoria al Alférez Alonso de Palma Nieto: "Quejeme de V. Md., que me convidó con la carne de doncella monja, y me escondió en ella el anzuelo de fraile". Notable es esta sentencia: "No es lo mismo borrar que hacer borrones: los versos bien borrados salen sin borrón y los versos sin borrador, son todos borrones". Aprendemos también otras intimidades del doctor, como el uso de anteojos. "Ojos por ojos, hartos me tengo yo, sin que me den más. Bástanme cuatro limpios como el cristal". A veces, en el calor del discurso y cuando el motivo lo permite, nuestro censor se dispara a la parrafada gentil y valiente de imaginación, de quevedesco linaje. Tal en el maligno comentario a la copla del romance,

La turquesa de su manto
pálido el cielo demuda,
y juntando sus estrellas
las apaga una a una.

El *juntando sus estrellas* es cuanto se puede juntar en el cielo y en la tierra, aunque se junte el cielo con la tierra, que esto es mucho menos que el juntar las estrellas, porque hay entre unas y otras, y más entre las opuestas diametralmente, infinitos millones de leguas [claro que con esta crítica pedantesca científicamente, toda poesía se viene abajo y nos duele ver a un auténtico poeta aplicar los mismos métodos que todavía hoy tenemos que soportar todos los días]; y para apagarlas, yo no sé de qué servicio era juntarlas todas, y meter no solamente las cabrillas en el corral, sino a todas ellas, como cabras en un corral; porque la cuasi acción de oscurecerse es privativa y, por el consiguiente, instantánea y simultánea, porque en todas las partes a donde ellas están hay cielo, y allí sin hacerse el cielo pedazos, ni andarlas ojeando, ni haciendo rodeo de ganado, cuando no han alcanzado tan alto, las pudo apagar, sin hacer a la parte del cielo, adonde las había de juntar, un coliseo de fieras o un arca de Noé, adonde sería de ver junta tanta diversidad de animales: toro, carnero, león, pescados, escorpiones, canguerejos, sagitarios, libras, géminis, acuarios y los demás monstruos que finge la astrología en tanta multitud de figuras celestiales como imagina. Quién viera llevar a empellones al planeta Júpiter con su hisopo de rayos en la mano asperjeando exhalaciones por el cielo; a Marte, de pendencia, cargado de coletos con espada y broquel, dando mil cintazos de luz sangrienta; a Venus, desnuda en carnes, desmelenada y acabada de levantar de la cama, con las gervillas en la mano, tropezando en los astros; Mercurio aún todavía se valdría de las alas de sus pies, para ir con más descanso; pero quien causaría más lástima sería el pobre Saturno, viejo, gotoso y corcovado, con los bragueros al hombro y la potra en ambas manos, con una cara de *Abrenuncio*, aciaga de luces, verdinegro de exhalaciones, hecho un rejalgat, la cuesta arriba de los cielos, tosiendo relámpagos verdes y cometas azules, a que le diesen como a niño catecúmeno un soplo en la cara, y a él y a los demás los dejasen apagados y a buenas noches. Miren toda la máquina de que viene preñada esta copla, cariharta de caderas y gordiancha de panza, y luego nos espantaremos que el caballo de Troya tenga tripas (*Obras*, págs. 483-484).

El poema heroico de San Ignacio sigue paso a paso la biografía del Santo, mirando siempre de reojo a los poemas de don Luis, singularmente a las *Soledades*, aunque la es-

trofa elegida, la octava rima, le obligue a recordar ritmo y sintaxis y corte narrativo del *Polifemo* y del *Panegírico*. Con esta fuente y este modelo, el buen doctor jesuítico camina a sus anchas y va trabajando sus estrofas como un oribe sus joyas. Evidentemente, la calidad no puede sostenerse por igual. Lo mismo les pasa aun a los más grandes. Retóricamente sí, el tono es noble y levantado siempre. Pero la poesía aparece aquí y se sumerge allá, y en cuanto al interés anecdótico, a la amenidad del relato, naufraga con frecuencia anegada por la balumba culterana del ornato frondoso. Por muy interesante que sea la vida del Santo, lo que nos interesa en el poema es rara vez la vida misma, la ascética, los éxtasis, los milagros del fervor y de la acción ignaciana; lo que nos importa es el lucimiento del poeta, los fulgores verbales que consigue y que a veces se dilatan en una serie de estrofas constantemente afortunadas. Por eso para el lector no profesional y acostumbrado a interesarse en la literatura y poesía y lengua de la época, lo que habría de darle es un texto antológico, pero no demasiado abreviado, no unas simples muestras sino el hilo total de la acción, resumido en prosa, cuando decaiga el interés poético, y respetado en el original, cuando valga la pena. Con ese criterio, quedaría el poema reducido a una tercera o cuarta parte, por ejemplo, y su lectura sería verdaderamente grata para el que tenga dispuesta sensibilidad.

No faltarían en tal selección los banquetes, los tres que yo señalaba y el cuarto que señala Emilio Carilla. Ni tampoco los demás fragmentos que el crítico argentino elige. Pero esto es poco con ser de lo mejor. Toda la escena del bautismo esplende de primores centelleantes. No hay que olvidar los juegos y deportes. La pelota y los trucos, el moderno billar y la natación están finísimamente poetizados. Otras especialidades de la vida, la artillería y milicia en general, la cirugía, el paisaje en sus diversos aspectos, sierra, mar, cavernas, playas, ciudades. Las maravillas de la industria, vidrios de Venecia, lámparas, relojes, vestidos. La geografía americana y las preciosas alusiones a Indias. Antes que se

me olvide quiero citar una estrofa, toda ella una comparación con el humo que subía “espaciosamente mudo” del hogar de un albergue en día de invierno.

No tan airoso nace, tan ameno,
el voluble juguete de la pluma
(a quien este mi patrio Magdaleno
oro a la cuna, al nido le da espuma),
del de la parda garza blando seno
en una y otra inquieta negra suma,
cuando, o lo juega el blando movimiento,
o lo retoza lisonjero el viento.

Muy lucido es asimismo el desfile de los diez primeros jesuitas al fundar la Compañía poco antes del momento en que va a quedar interrumpido el poema, adjudicándole a cada uno un diverso nombre de halcón.

Pero no es ésta ocasión para fatigar, pormenorizando mi posible antología. Por otra parte, a las series o episodios sostenidos hay que agregar estrofas sueltas, que por su belleza emergen sobre el nivel más modestamente retórico de las circundantes. Y aun versos aislados.

Recordemos algunos de estos últimos. Está pintándonos la lucha heroica de Ignacio por sufrir en silencio la carnicería tremenda que a consecuencia de su herida aguanta de manos del cirujano que le asierra el hueso. No quiso el capitán que le atasen ni sujetasen con argollas. Sus cuerdas de cáñamo, argollas de acero y mordazas para el quejido fueron sólo ascéticos y mentales. Y expresa en un endecasílabo que es un prodigio de misterioso conceptismo: “hízose el ay de casa del secreto”. Las cabelleras de dos pastoras son “una Libia de víboras de oro”, verso que verdaderamente deslumbra y ostenta una sonoridad de labiales y vibrantes que nos acaricia y nos amenaza al mismo tiempo enroscándonos en sus anillos. Pues ¿y la maravilla, tan de calidad de objeto de arte actual, de la “venera que pudrió el chino rugosa”?

De cuando en cuando surge un verso tan atrevido que ya no sabemos si admitirlo o repudiarlo. Ponderando la es-

clavitud que padece un joven estudiante, el mismo a quien va a redimir la partida de trucos, en brazos de una beldad, dice que se hallaba esclavo en aquella dulcísima galera y “que en argollas de soles los dos ojos” eran un viviente Argel. Por ese camino llegaríamos al famoso “lugarteniente del pezón materno” que desde el siglo XVIII viene citándose como ejemplo de demasía ridícula. Ciertamente en ese siglo como en el nuestro el efecto al referirse a la nodriza es negativo. Pero ¿lo sería también en el XVII? Tendríamos que valorar lo que suponía para un lector del tiempo de Felipe IV la palabra *lugarteniente* y la palabra *pezón*. Ni la primera sería tan pedante ni la segunda tan prosaica como hoy nos lo parecen. De todos modos, pronto nos compensan otras abundantes delicias, como este final de la penúltima estrofa del Libro Cuarto:

menos, al compulsarlas el aurora,
liras de pluma, el armonioso acento
se brindan en las copas de las flores,
en un mismo tenor los ruseñores.

No sería Domínguez Camargo de su tiempo si no procurase equilibrar el posible empalago de tanto vocablo y metáfora suntuosa, de signo estético y valor preciosista, con el encarnizamiento deliberado en los sectores trágicos, ariscos, desgarrados, feos, de su poema. Los pretextos para ello se los brinda en abundancia la vida del santo ascético. El contraste entre el lujo de la dicción y la pobreza o aspereza de la realidad y de la santa emoción virtuosa logran resultados asombrosos. En estos fragmentos, Camargo suele volar con alas propias porque ya no encuentra tan a mano modelos de don Luis. En Góngora cuando se alude a la realidad desollada o fea, suele ser para buscar la poesía por el camino de lo burlesco y sólo de paso lo repelente entra en el juego de su estética embellecedora. Un pasaje notable es la descripción de la vida anacoreta de un ermitaño, ya al final del poema, y no menos el que en la cueva de Manresa nos pinta con pinceles dignos de Ribera y aun de Valdés Leal. He aquí sólo algunas estrofas.

Tal vez le llama los sangrientos ojos
 el Cristo a Ignacio, y ve que condolido
 le acaricia el peñasco en los despojos,
 que le ha de sus entrañas ofrecido:
 depuestos en un risco los enojos
 de tósigo fatal, se le ha torcido
 sobre la frente, en quien sus roscas quiebra,
 escamada un abril, verde culebra.

Pénsil desde el cenit baja la araña,
 y en cuantas hebras en su vientre esmera,
 uno y otro cabello le enmaraña
 y otra le sobrepone cabellera;
 el que lo ciñe lino, en hilos baña,
 y en esconder la sangre persevera
 tan sutil, que en las manchas que le cela,
 no se ve lo que va de tela a tela.

El que el prado (o saliva de la estrella,
 o carbunclo menor) de luces nota,
 y si del sol molida no es centella,
 es de la luna destilada gota,
 sea gusano ya o lucerna bella,
 los ojos muertos de la efigie dota
 y en pupila y pupila donde habita,
 fulgores late cuando luz palpita.

Con los nortes de dos cuernos que mueve,
 el tronco arriba trepa perezoso,
 manchada de carmín su tersa nieve,
 un caracol y otro tortüoso;
 y en cada clavo cada cual se embebe,
 cuando se ancora en ellos tan viscoso,
 que arrancar quiere el clavo en que se prende,
 porque quedar en su lugar pretende.

Azogada purpúrea lagartija
 por el sacro cadáver se dilata,
 y la cabeza en el costado fija,
 en cuanta sangre corre, se desata;
 la mariposa azul, de guiija en guiija
 vuela, y tenaz al cardenal se ata
 y lo esconde piadosa, cuando aquella
 el costado con diente y diente sella.

Desátase una hormiga y otra hormiga,
 y en la llaga, desgarro o breve gota,
 aquello en que tenaz una se liga,
 se vincula a cubrir otra devota;
 a cerrarle la llaga ésta se obliga;
 la sangre aquélla le enjugó, que agota:
 que en los brutos ha hallado y en las peñas
 su Criador caricias halagüeñas.

De una escuadra que al campo el jugo tala,
 esta y aquella se perdió abejuela,
 y hasta la lengua cariñosa cala
 la que, aljófara cargado, al labio vuela:
 la trompa alivia y aligera el ala,
 y en borrarle la hiel tan dulce vela,
 que, venciendo amargores sus porfías,
 nadan los labios dulces ambrosías.

(II, CXLVI-CLII).

Tan piadosa asistencia de los animalillos a su doliente Señor no deja de ser conmovedora y está conseguida poéticamente por la ley del contraste. Y aun sin contraste, cuando la inspiración de Camargo se eleva a más altas esferas, como en sus estrofas de éxtasis y de visiones teológicas, sabe encontrar a un tiempo precisión dogmática y vuelo campeador. Citaré sólo dos estrofas.

Dorada llave le concede a Ignacio
 del camarín en que la fe se ciega,
 y no prendido en limitado espacio,
 abre el empíreo, cuando al cielo llega;
 y en el que al lince querubín, palacio
 se niega imperceptible, se le entrega,
 pues le franquea en el altar abiertas,
 de las especies las cerradas puertas.

Esta y aquella nube al sol corrida,
 o roja al vino, o blanca al pan sagrado,
 desata al rayo, a quien su vista mida
 el párpado de Ignacio acicalado;
 y ave Ignacio real, en la lucida
 copa, los resplandores le ha agotado
 a aquel sol que embriaga de luz pura
 a la más perceptiva criatura.

(II, CXCIV-CXCV).

En otro orden de asunto, la musa camargueña acierta a expresarse patrióticamente como un auténtico hijo de España de cualquier tiempo. Para hoy resulta válida esta patética exclamación, comentando el trato airado que recibe en Pamplona de sus compatriotas:

Aun airado, el francés templó su saña,
y acariciado lo trató indulgente.
¡Oh Libia con tus hijos, madre España,
engendradora de natal serpiente!
El aire pueblas de una y otra hazaña,
el suelo espigas de uno y otro diente;
néctar de aplausos das a otras naciones,
¡y a tus hijos les flechas escorpiones!

(III, ccx)..

Pero, sobre todo, Domínguez Camargo es poeta extraordinario de bodegones, singularmente de mesas y de jardines. Las plantas y las flores en series cornucópicas o arraigadas aún al terrón, son bellísimas y en transformadora descripción poética Camargo no cede a los mayores maestros del género. Un día habrá que estudiar toda la genealogía — ya en parte lo ha hecho Emilio Orozco y José María de Cossío ha trazado reveladores apuntes — de nuestros bodegones, es decir, el paso desde la naturaleza fresca y ruda hasta las últimas consecuencias de las “vidas silenciosas” o “naturalezas muertas” que encontramos en la poesía como en la pintura moderna. Camargo se halla en el centro de este proceso, sin llegar a una eliminación de la vida natural en aras de la calidad de poesía creada, transpuesta ya a su nueva condición, esencia verbal. Resulta curiosísimo notar cómo al cabo de los siglos una pelea como la que “Don Carnal hobo con doña Cuaresma” viene a repetirse y probablemente sin conocimiento de Juan Ruiz por parte de Camargo, en un pasaje del poema ignaciano. No pelean nuestras hortalizas hispano-colombianas contra las animalias carnales o los pescados. Estas tienen su lugar en otros mo-

mentos que ya conocéis del poema. El Santo después de su penitencia en Monserrat, obedece al confesor que le ordena el alivio y surgen serranos y pastores bailando, jugando a saltos, luchas, carreras, y otros deportes, tañendo instrumentos rústicos y preparando algo así como unas cervantinas bodas de Camacho. Y se le ocurre al bueno de Camargo para animar los preludios coquinaros pintarnos soberanamente con rasgos libérrimos y exactísimos de valiente pincel la lucha de los bulbos, tubérculos, tallos, hojas y especies varias de la huerta. Cada cual pelea por no caer muerta, pero además unas con otras se clavan furiosamente sus armas vitales. ¡Qué delicia de batalla campal!

Ladraba sobre el lienzo o lo mordía
un ajo y otro en dientes dividido,
y en su favor la mesa discurría
su deudo el puerro, en cólera encendido;
el motín de estos dos favorecía
el nastuerzo, a su nombre tan nacido,
que, consanguínea, dulcemente abraza
a su hermana gemela la mostaza.

Largo juega montante ensangrentado,
haciéndose temer por más valiente
el rábano de plumas coronado;
y oposición se fulminó impaciente
a su enojo, el pimiento colorado,
que la mostaza que se halló presente
se le subió; y el tufo que tributa,
dejó almadeada la sabrosa fruta.

El motín el nasturezo favorece,
garrucha del olfato, que ha torcido,
cuando mellizo a la mostaza crece;
arrugada la frente y el vestido,
la escarola, aunque fría, se enfurece
contra el ajo en cabezas dividido,
hidra del huerto, que a los más valientes
mostró gruñendo sus bruñidos dientes.

Sus hojas desenvaina la lechuga;
 y el pepino, con ella muy picado,
 cuando crudo su frente más arruga,
 en la mesa cayó despedazado;
 en el lienzo sus lágrimas enjuga
 cuando la sal su herida le ha curado;
 y porque verlo herido le da pena,
 triste se retiró la berenjena.

Un escudo ha embrazado y otro escudo,
 y de dobles paveses se ha ceñido
 la cebolla, que el golpe temió crudo
 de la que mallas muchas se ha vestido
 alcachofa, a quien ya el erizo rudo
 de la castaña audaz se le ha atrevido;
 y sin saberse cuál a cuál ofenda,
 agria la lima hizo la contienda.

Tierno el melón, calado de una herida,
 escrito su epitafio, cayó muerto,
 cuando lanzando su purpúrea vida,
 inerte la granada, el pecho abierto,
 la mesa del crúor dejó teñida;
 frío el cohombro, o temeroso o yerto,
 yace enterrado entre la roja guinda
 que, hecha una sangre, no escapó por linda.

(II, CLXXVI-CLXXXI).

No, no hay más garbo ni más desgarrado humor en los despliegues pantagruélicos del Arcipreste o en la "Boda y acompañamiento del campo". La animación, el movimiento, lo cálido del color y de sus furiosas sinfonías, la fineza de los trazos dibujísticos, la exactitud de las poéticas recreaciones y el apetito de vida y sensualidad que emana de estas y de las otras mesas camargueñas califican tan opulentos festines pictórico-verbales como el apogeo de toda una larga serie de bodegones.

El modelo es Góngora, pero esta vez casi nos atrevemos a decir que el maestro queda superado por el alumno. Si bien es cierto que no logra Camargo la extrema finura y flexibilidad sintáctica de don Luis y que a veces se le va

la mano en la dosis de sales y especias, en compensación su arte se encarniza en detalles descriptivos valiosísimos y consigue el milagro de la máxima intensidad condensadora en medio de una profusión verdaderamente tropical, americana de colores, olores y sabores. El modelo popular de estas evocaciones naturistas no es otro — no sé si advertido por Góngora, pero en todo caso el resultado es ése — que las adivinanzas para niños y mayores. Para que el incentivo poético sea mayor, Góngora gusta a veces de suprimir la solución y no nombra al ave, al cuadrúpedo o a la flor poetizada, dejando al lector que la adivine a través del fausto del metaforismo que la elude y la alude. Tomando solamente el más importante de sus evangelios, las *Soledades*, y prescindiendo de algunas pinceladas muy rápidas en un verso o en menos de un verso, hallo que el gran cordobés transmuta en verbo poético las realidades naturales de las siguientes especies zoológicas (las cito por orden de aparición; incluyo también algún producto): ternerueta, gallo, cabritos, conejuelo, pavo, perdices, miel, gamo, leche, cabrón, jamón, fénix, grullas, pavos reales, quesillo, corderillos, muflón, novillo eral, ostión, congrio, salmón, robalo, cisnes, paloma, conejuelos (segunda vez), abeja, focas, veneras, caballo, can, otro caballo, cuervas, buho y el soberbio catálogo de cetrería, neblí, baharí, girifalte, sacre. Y de estas otras vegetales: álamos, chopo. Estas últimas abundan más en el *Poli-femo*, pero más rápidas y sin adivinanza casi siempre. Pues bien, en el *San Ignacio* tenemos como plantas y flores además de las hortalizas y frutas ya transcritas, la lechuga, la vid, el racimo, otras granadas, otro ajo y otro melón, avellana, nuez, higo, pasas y en el reino poético, y por poético más arduo todavía de poetizar con novedad personal, huertos olorosos de lirios, rosa, clavel, girasol, clave-lina colombiana, narciso, jazmín, mosquetas repetidas y capullo de rosa.

Y entre las pintorescas animalias reptantes, andantes, piafantes, nadantes y volanderas, además de las que antes vimos en Manresa, el pavo, ternera, gallinas, conejo, capón,

ciervo, sábalo, atún, manteca, pernil, tortuga, ostión, caracol, otra tortuga y pollo de la misma, langosta, cangrejo, pulpo, camarón, sardina (éstos dos en rapidísimo escorzo ya citado), perdiz, cabritillo, pichones y la también vista garza del patrio Magdaleno.

Todo un ensayo podría arriesgarse sobre las maneras respectivas de don Luis y don Hernando y sobre sus cotejadas calidades poéticas. Ya no hay tiempo. Quédese para ocasión más calma. Pero sólo quiero apuntar que estudiando la mención o silenciación del nombre, lo que da a cada ficha de historia natural poética su cualidad perfecta o sólo aparente de adivinanza —¡ay poesía de *Fábula y Signo* de Pedro Salinas! —, tenemos en Góngora escamoteado el nombre real un 39% de veces y en Camargo sólo un 10%. También se nota en el colombiano más tendencia a repetir el nombre y, en suma, a dar más facilidades al adivinador de los, por pueriles, tan poéticos acertijos.

Resulta así el bestiario y el jardín y huerta de nuestro poema más profuso, demorado y fiel a los rasgos reales, que se apuntan claramente o se trasmutan en equivalencias metafóricas próximas, que el más imaginario y elíptico de las *Soledades*, si bien la diferencia no es mucha y en esto como en todo la fidelidad del bogotano al cordobés es conmovedora. Pero — insistamos una vez más — con sensibilidad e imaginación propias. Por eso no es extraño que todos los que se han acercado a su poesía, Carilla, Latcham, Arbeláez en su valiosa edición y estudio, Cossío, Dámaso Alonso, Valbuena, etc., así como los autores de la magnífica edición del Instituto Caro y Cuervo, Alfonso Méndez Plancarte, Joaquín Antonio Peñalosa, Guillermo Hernández de Alba y Rafael Torres Quintero, coincidan conmigo en una alta apreciación del más poeta de los poetas hispánicos de América hasta la aparición de Sor Juana Inés de la Cruz.

Y que en nuestras lecturas y relecturas queridas, figuren algunas estrofas favoritas del poema jesuítico, que constituyen el mejor aperitivo para recitarlas de memoria cuando los jugos en el estómago vacío empiezan a hacer de las suyas.

Y la boca se nos hace agua soñando en el ostión cuyo seno regalado, “breve de Venus fue lecho lascivo”. O armando de todas sus piezas la formidable octava de las langostas cuyo final me ayuda cada vez que la disfruto — a ser posible recién sacada del océano rocoso y supliciada viva en el caldero — a aumentar el delicado goce de sus suavísimas rüinas.

Coronadas morrión, vistiendo escudos,
dorando mallas, argentando golas,
dardos vibrando duramente crudos,
esgrimiendo cuchillas en las colas,
las murallas violando de los nudos,
Belona de la espuma y de las olas,
langostas, en la mesa dan, marinas,
al paladar suavísimas rüinas.

GERARDO DIEGO.